que esté muy lejos de aprobar su conducta para con vos, no puedo menos de aconsejaros que reflexionéis y esperéis. Ante todo, es preciso averiguar la verdad, y saber las razones por las que sir Laurencio abandonó á su esposa. Para lograr ese objeto, no economicéis ni tiempo ni dinero. Id y obrad.

—No tengo, por desgracia, ninguna esperanza de salir con bien.

—¡No se trata de la suerte, sino del destino!

Me llamó la atención el tono con que lord Rothwell pronunció estas palabras, por más que había mucho tiempo que sabía que era fatalista. A los quince días de ocurrir esto, observé que los conocidos que encontraba en mi camino, se encogían de hombros, diciendo que iba derecho á la ruina, tan indudable como la de muchos otros jóvenes á los que había arruinado aquel jugador de fortuna, llamado el capitán Chesham.

XX

Con mucha frecuencia he deplorado no poder borrar de mi memoria el recuerdo de los dos meses que siguieron á esos sucesos. Me pregunté también si la sociedad entre la que viví entonces contribuyó mucho á hacer que me volviese pesimista. No queriendo caer en el lodazal, no pude, empero, evitar que me manchasen sus salpicaduras. Se trata del capitán Chesham, y jamás ví lodo más negro, y para conseguir mi objeto era necesario de buena ó mala voluntad su trato. Acor-

dábame sin cesar del refrán: «dime con quién andas...»

Pero á toda costa proponíame conseguir mi objeto. Desayunábame, comía, cenaba, jugaba con el capitán, y, en una palabra, seguíale á todas partes como si fuese su concha. Esta intimidad llamó al cabo la atención á mis amigos, y fué Vigor el primero que me pidió explicaciones.

—Es preciso, Felipe—me dijo,—que no ignoréis que vuestra amistad con ese canalla es inadmisible y chocante.

—Sí, ya veo que no os agrada.

—No, por cierto. Hay personas con las cuales los hombres y mujeres que se respetan no deben tratarse, y sí evitar su contacto como se hace con el de la serpiente.

—Supongo que no ignoraréis que ésta es un reptil que tiene el don de la fascinación.

—Sí; pero únicamente sobre las naturalezas bajas y viles. Si os preocupase algo el «se dice» de la opinión, no llamaríais amigo vuestro á ese hombre.

—¡Alto! Nunca podrá decir nadie que yo le haya llamado así.

—A todas partes vais acompañando al capitán Chesham, y no sólo escucháis las palabras infamantes que dice respecto á las mujeres, sino que á veces hasta las repetís.

—¡Vamos! ¿Y qué tiene eso de particular? ¿No le escucháis vos también?

—Convengo en ello. Hablando francamente, lo que creo es que tratáis de recuperar vuestro dinero.

—Es muy natural el querer recoger algo de lo perdido—contesté muy alegre al ver que me facilitaban aquella salida.

—Pero os arruinará, Felipe; estad seguro de que camináis á vuestra ruina; ¿cómo explicarme que un joven de vuestro mérito y condiciones se deje

fundir por un miserable de esa calaña? Eso es bueno para esos seres sin seso que secundan á las mariposas que van á quemarse á la luz.

—Desde el momento en que vos le habláis, ¿por qué no he de poder yo hacer otro tanto?

—Os repito, amigo mío, que es un miserable de la peor especie. Hay una gran diferencia entre hablar á uno y ser su amigo. ¿Qué dice á esto Valentín?

—No tiene facultades para elegir mis amigos.

—Sin ser la razón personificada, es más circunspecto que vos. Hablaré á Rothwell, que aborrece á Chesham y á vos os quiere como á un hijo.

Vigor no podía ni remotamente sospechar que quien me aconsejaba que obrase de aquella manera, era lord Rothwell, que me consideraba como el vengador de lady Estmere. Mi noble amigo puso su bolsa á mi disposición, y Chesham, por su parte, viendo que siempre estaba dispuesto á jugar con él, me buscaba con afán. Habiéndome ganado muchos billetes de banco por valor de algunos centenares de libras esterlinas, imaginó que había encontrado la gallina de los huevos de oro, no sospechando que al cabo sería él el desplumado. Tienen mucha razón al decir que la fortuna es caprichosa. Desde el día que lo mismo me importaba ganar que perder, favorecióme la suerte. A decir verdad, el juego no empezaba para mí hasta que la partida estaba terminada, y era un juego muy repulsivo y en el que, para ganar la confianza de un miserable, tenía que participar de sus debilidades y hasta de sus vicios. A consecuencia de esto, tenía que escuchar con atención el relato de sus proezas, diciéndome aparte que el narrador era el más miserable de los hombres. Dotado de una naturaleza perversa por depravada constitución, no creía ni en Dios, ni en

el demonio, ni en la virtud de las mujeres, ni en el honor de los hombres, y contaba con tanto orgullo la historia de sus conquistas galantes, como lord Rothwell sus proezas de cazador ó sus aventuras de viajero. ¿Cómo era posible que un sér tan vil y tan bajo hubiese podido ser amado por lady Estmere? ¿Cómo creer que tanto ésta como su marido le habían dado el título de amigo?

Lo más extraordinario del caso era que el capitán hubiese podido excitar los celos del marido, hasta el extremo de decidirle á abandonar á su esposa. Renuncio á describir la clase de vida que llevaba al lado de semejante miserable, y por dicha para mí, Valentín estaba demasiado preocupado con su cuadro, y lady Estmere se había marchado de Londres en compañía de Claudina. De no ser así, ¿cómo era posible que después de presenciar tanto desorden y orgías sin fin, hubiese podido soportar la pura mirada de mi prometida? Sin perdonarme el relato de ni una sola de sus aventuras, jamás mezcló en ellas el capitán el nombre de lady Estmere, nombre que yo, valiéndome de medios indirectos, intenté hacerle pronunciar. Tal vez mi amistad con Valentín era lo que detenía al capitán en sus expansiones. Cuando se le ocurría hablar de otra cosa que no fuese sus placeres, su conversación no dejaba de ser interesante, original y hasta ingeniosa. Había viajado mucho, y le pasaba aquello de que quien mucho ha visto, mucho tiene que contar.

—Estoy persuadido, capitán, de que jamás habréis tenido la debilidad de amar á ninguna mujer —díjele un día.

—Sí, por cierto; es más, deseaba con toda mi alma casarme con la que amaba; pero tenía un rival que fué el preferido.

—¿Y fué feliz?

—Hace más de veinte años que esa mujer se separó de su marido.

—Vamos, capitán, decidme cómo se llamaba—le dije llenando el vaso de Chesham. Hasta entonces, el vino no había conseguido desatar su lengua; pero como la atmósfera estaba pesada y él había bebido más que de costumbre, empezó á trastornarse su cerebro.

—Básteos saber que esa mujer, hasta entonces universalmente respetada, cayó de su pedestal, y todo el mundo la desprecia; ¡ah! ¡Yo sí que puedo decir que la venganza es dulce! Sin pronunciar una palabra más, se llevó la mano á la cabeza.

—¿Sufrió?—interrogué.

—Por mi barba, que me parece que sufro más cuando hablo de esa mujer. El ganso de su marido creyó vengarse de mí con la herida que me hizo; ¡qué animal!

—¡Sir Laurencio Estmere!—exclamé.—Supongo que vos tiraríais al aire.

—No por cierto; le apunté al corazón; pero me falló el tiro—respondió el capitán.

—¿Y cómo pudo averiguar que amabais á su mujer?

—Esta ginebra va á acabar por subírseme á la cabeza; no me canséis más—me dijo.

De los labios de Chesham acababa de oir que lady Estmere había sido víctima de un complot infernal, y juré redoblar mis esfuerzos para averiguar más. Acudió á mi memoria el recuerdo del relato de la señora Payne. A pesar de la adhesión de ésta á su señora, confesaba haber visto toda la escena lo mismo que sir Laurencio, y con la cabeza apoyada en el hombro del capitán. Las palabras de este miserable probaban, sin género de duda, que había tenido noticia fidedigna del anticipado regreso de sir Laurencio. Para llevar á cabo su obra de venganza, debió contar

el capitán con una cómplice, á la cual hiciera representar el papel de lady Estmere, y no podía ser más que la doncella. ¿Qué habría sido de ésta? En el caso de que no me fuese fácil obtener ningún nuevo dato de Chesham, estaba resuelto á marcharme al Dersbyshire, para que la señora Payne me dijese los nombres de todos los criados que en aquella época estaban en casa de sir Laurencio Estmere, y buscarlos é interrogarlos uno por uno. El mes de Agosto estaba finalizando, y rechacé una porción de convites para quedarme con Chesham, al que su cojera impedía participar de los placeres de la caza.

En esa época fué cuando Valentín me encontró en Picadilly, dando el brazo al capitán, y pasó por nuestro lado sin saludarnos. Chesham dedujo que estábamos reñidos, de lo que me felicité.

—¡Cómo! ¿Vuestro amigo Estmere no os quiso reconocer?

—Ya no somos tan amigos como antes—le respondí.

—¿Os acordáis de qué manera me trató un día en vuestra casa?

—Sí.

—¡Miserable! Ni en la calle ni en el paseo se puede estar; ¿queréis que vayamos al círculo á jugar una partida de «ecarté?».

Así lo hicimos, y encontramos desiertos los salones.

—Roma no está en Roma—me dijo el capitán, echándose á reir.—Es de creer que nos hemos quedado solos en Londres. Por lo que á mí hace, pronto pienso abandonarlo, porque quiero marcharme muy pronto á Mónaco.

—Pues bien; hacedme una seña y marcharé con vos.

—Por lo general, evito la compañía de la gente joven; pero hago una excepción en vuestro favor.

Hace mucho tiempo que no he dicho tanto á nadie, sea quien quiera que sea.

Chesham parecía profesarme realmente verdadera amistad, y llegó un día hasta el extremo de decirme que era una locura que me obstinase en jugar con él; y cuál no sería mi asombro una mañana, sabiendo que no tenía nada de generoso, al recibir de su parte una caja de cigarros. Aquella misma noche me ganó cincuenta libras, que le pagué en el acto, entregándole un billete de banco de esa cantidad, y dejamos de jugar. Al poco rato preguntó á un camarero del círculo si tenía alguna carta; aquél fué á verlo, y volvió con una cuya letra fina y pequeña revelaba una mano femenina. Al leerla rápidamente, no pudo contener algunas exclamaciones de impaciencia, signo revelador de su contrariedad.

—¿Recibisteis alguna mala noticia?—le pregunté.

—Nada de eso, se trata únicamente de una petición de dinero. La peor de las locuras que uno comete, es que, á la corta ó á la larga, acaban por pagarse caras. Hasta en aquellos casos que casi las olvidasteis, vienen á recordároslas implacablemente.

—Yo creía que á vos no os costaban nada las locuras—dije.

—Algunas veces; pero lo que es ésta, ¡por mi nombre! la he pagado bien cara.

Púsose en seguida á escribir una carta en la que incluyó el billete de cincuenta libras que yo le había entregado. Lo metió todo dentro de un sobre, le puso un sello y lo guardó en el bolsillo. No intenté leer el nombre de la persona á quien estaba destinada.

—Me voy al Tattersall, para enterarme qué caballo es el favorito en las próximas carreras. ¿Queréis venir conmigo?

—Hoy no puedo acompañaros, porque tengo que hacer, capitán.

La verdad era que no tenía ningún deseo de que me volviesen á ver á su lado y dándole el brazo. Se me hacía tarde además para ir en busca de Valentín, y decirle que no debía fiarse de las apariencias. Habíame quedado pensativo preguntándome en dónde podría encontrarse á aquellas horas, cuando se me acercó uno de los criados del círculo con una carta escondida en la mano, y me preguntó si yo había perdido aquel papel. Una sola mirada me bastó para leer estas palabras: «Enviadme en seguida dinero, y si no lo hacéis, L. E. lo sabrá todo. Os lo juro.» Tal era el contenido de la carta que Chesham había recibido hacía poco. Las averiguaciones que yo pensaba empezar estaban allí claramente indicadas; mi primer impulso fué el de guardar la carta; pero renuncié á esta idea ocurriéndoseme la de que el capitán podría reclamarla, aparte de que me la sabía de memoria. Se la devolví al criado, diciéndole:

—Esta carta debe ser del capitán Chesham.

Marchéme á mi casa, y una vez en ella, entreguéme á largas meditaciones dando vuelta en mi imaginación al contenido de la lacónica carta. ¡A Dios gracias, que muy pronto dejaría de representar un papel que me repugnaba mucho! La casualidad acababa de entregarme la clave del enigma, y las iniciales L. E. no podían dejarme la menor duda. De lo que se trataba á la sazón era de descubrir el autor de la carta. Grandes fueron la sorpresa y la alegría que experimenté en aquel instante al ver entrar en mi cuarto á Valentín, y olvidé que hacía pocas horas me había negado el saludo. Al entrar no me tendió la mano.

—¡Cómo! ¿Os negáis, Valentín á darme un apretón de mano?

—Si es que gozáis aún de vuestra cabal razón, no os sorprenderá mi conducta. ¿No habéis olvidado por completo los deberes de la amistad, no sólo por lo que á mí hace, sino también, y eso es lo peor, respecto á mi madre y vuestra prometida?

—Estáis en un error, Valentín.

—El que se llame amigo de ese hombre no puede serlo mío. Al verle á vuestro lado y apoyándose en vuestro brazo, no podía dar crédito á mis ojos.

—¿Y queréis, Valentín, sacrificar la amistad que nos une por una cosa semejante?—le pregunté.

—Sí, Felipe, á menos que no me déis algunas explicaciones.

—¿Y si no puedo explicarme?

—Entonces habrá ruptura de nuestras relaciones.

—Creo que tanto vuestra madre como Claudina me tratarán con menos rigor.

—Mi madre seguirá mi ejemplo; en cuanto á Claudina, hará lo que crea más conveniente.

—En nombre de vuestra antigua amistad os pido por favor, Valentín, que aplacéis vuestra decisión hasta nuestra próxima entrevista.

—Eso es mucho pedir; ¿cuánto tiempo pensáis estar ausente, Felipe?

—Unos dos meses.

Al oir esta contestación me tendió la mano y nos separamos. Quizá era esto lo más preferible. En cuanto Valentín me dejó solo, púseme otra vez á reflexionar acerca de los pasos y diligencias que habría de hacer. La víspera había estado en casa de mi banquero, al que pedí novecientas cincuenta libras que me entregó en billetes, es decir, nueve de á cien libras y uno de cincuenta. Este último fué el que entregué á Chesham para pagarle su ganancia en el juego. Estos billetes,

que acababan de ponerse otra vez en circulación, eran de una serie nueva numerada, lo que ofrecía un medio inesperado para descubrir la verdad. Encargué á un agente muy diestro que averiguase el paradero del último billete, y pudo saber que éste, antes de volver al Banco de Inglaterra, pasó por casa de un banquero que lo había recibido de un negociante, al que se lo mandara un tendero de la ciudad de Surbury, pequeña población sin importancia, una de las parroquianas del tendero, la señora Mertón, cuya firma figuraba en un papel adosado al billete, y se lo había dado en pago de una cuenta al día siguiente del en que el capitán metió en un sobre el billete de cincuenta libras que acababa de ganarme. Decidí marchar inmediatamente á Surbury, y por providencial casualidad de esas que se ven pocas aquí abajo, la partida de juego que yo había perdido iba á costar muy cara á mi adversario.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXI

Sólo una razón de las más importantes pudo decidirme á emprender el viaje á Surbury, porque la monótona permanencia en esas pequeñas poblaciones de los condados me hizo siempre muy poca gracia. Sin querer decir nada ofensivo para los habitantes de aquella localidad, manifestaré que habría preferido vivir en el desierto más bien que en un lugar parecido. Aquella modesta población

de origen antiquísimo y alejada de toda vía férrea, parecía condenada á no poder disfrutar de los beneficios de la civilización. Surbury tiene, sin embargo, pretensiones de ser, dentro de dos mil años quizá, una ciudad muy importante gracias al aumento progresivo de su población. Hoy la catedral parece demasiado grande dado el escaso número de fieles que la frecuentan, y se puede comparar á esas grandes carrozas de lujo que están en desuso; pero que no por eso dejan de ser restos que prueban la alta posición de las familias que conservan esos vestigios del pasado. Además de esa catedral, hay allí un gran número de capillas particulares y las ruinas de un antiguo castillo. A todo esto se pueden añadir unas dos fábricas de paños y un cierto número de casas acomodadas. En su mayoría, los habitantes de Surbury son comerciantes retirados de los negocios, y que tienen poco dinero y muchos hijos. Una vez terminada la educación de éstos, una mañana se sacuden el polvo de los zapatos y abandonan el país para no volver más á él.

Es célebre Surbury por un instituto ó colegio fundado por un filántropo tan rico como generoso. Por la población, y con muy poco gasto, pueden los jóvenes aprovechar los elementos de enseñanza que posee el establecimiento. La sociedad de la población comprende de una parte el alto clero, y de la otra los negociantes y comerciantes más modestos. Entre estos existe una gran rivalidad, y no se puede tratar del mismo modo al carnicero que al farmacéutico ó al bisutero.

En esa antigua población estaba encerrada la última probabilidad que yo tenía para descubrir los negros hilos de la trama indicada por Chesham. El 1.º de Septiembre marché á Surbury, y al llegar me hospedé en el Hotel de la Mitra. En este sitio esperaba sacar algún partido de las con-

versaciones que oiría probablemente de sobremesa. Sabía que la señora Mertón vivía en la Villa de las Acacias, situada en las afueras de la ciudad, y hacia aquel paraje encaminé mis pasos. En casi todas las casas, en su mayoría muy pequeñas, había un rótulo con la indicación de que se alquilaban, y la que se hallaba precisamente enfrente de la señora Mertón, estaba desalquilada. Fuíme en seguida á visitar al agente de negocios encargado de aquellos arrendamientos, y antes de medio día quedó corriente el mío. Pagué por anticipado tres meses, hecho que sin duda influyó más en mi favor que cuantos informes hubiese podido dar de mí el mismo deán. En el momento en que firmé el contrato de arrendamiento, me objetaron que ni siquiera había visitado la casa, por lo que el agente me tomó por un tipo muy excéntrico y raro. Que lo fuese ó no, no podía pasarme sin criada, y tomé una de edad madura, cuyo exterior poco agradable era lo más á propósito para arrostrar todas las maledicencias.

Fuíme á Londres en busca de algunos libros, y volví para instalarme en Surbury. De mis relaciones con mi vecina de enfrente, la señora Mertón, dependía la duración de mi estancia en aquella población. Por más que en mi casa había una habitación espaciosa que tenía hermosas vistas al campo, escogí, sin embargo, otra cuya ventana donaba el camino. Mandé poner en ella cortinillas para ver sin ser visto. Coloquéme al lado de la ventana, y nadie podía sospechar que mi única ocupación era la de vigilar la casa de la señora Mertón.

La profecía de lord Rothwell «es la voluntad del destino,» acudía sin cesar á mi memoria, y me inspiraba ánimo y esperanza para el éxito de mi empresa.

Dije á mi criada que teniendo que escribir una

obra, había resuelto marcharme á Surbury en busca de calma absoluta; de esta manera conseguía que la noticia corriese de boca en boca. Por lo general, todo aquel que escribe una obra literaria, excita algún interés, ya se trate de historia ó filosofía, de ciencia ó de ficción, de una guía ó hasta de un libro de cocina, y todo el mundo se figura que un autor es un personaje de costumbres más ó menos excéntricas, cuando en realidad las de muchos grandes escritores son tan regulares como el movimiento de un cronómetro. Gracias á ese subterfugio, pude librarme de las investigaciones de los curiosos. Después de todo, no me apartaba tanto de la verdad, porque, como ya lo he dicho anteriormente, pensaba escribir un día ú otro la historia de mi vida.

La misma mañana en que llegué, me instalé en mi puesto de observación, y vi sucesivamente salir de la villa de las Acacias, un muchacho de unos quince años, que se alejó deprisa y silbando alegremente, y luego una joven alta y delgada, que llevaba en la mano un rollo de papel de música. Como era demasiado joven para profesora, supuse que iba á tomar lecciones. A cada campanillazo de los proveedores ambulantes, abríase y cerrábase la puerta muchas veces, y ví pasar al carnicero, panadero, verdulero, etc. Empezaba ya á cansarme y á perder la paciencia, cuando se asomó á la ventana una mujer de mediana edad, que era probablemente la señora Mertón. Mientras regaba los tiestos, pude, con ayuda de unos gemelos, examinar con detención el aspecto exterior de mi vecina, que tenía los ojos obscuros y negro el cabello. Su rostro, aunque pálido y demacrado, conservaba aún huellas de pasada belleza. Su traje era muy sencillo, pero de buen gusto. Su edad frisaba entre los cuarenta y cinco y cincuenta años. Estaba apoyada en el antepecho de la ventana, y tenía fija la mirada en el extremo de la calle. De pronto animóse su fisonomía, y una sonrisa amable iluminóle, por así decirlo; había visto que volvían juntos los dos jóvenes de que antes hablé. La señora Mertón bajó en persona á abrir la puerta, y la acogida cariñosa que dispensó á los recién llegados me probó que era su madre. Conocía á la sazón el físico de mi vecina; pero importábame mucho más su pasado. La única persona que podía facilitarme esos datos, era la vieja que había tomado como criada. Por ésta supe que el señor Belb, mi vecino de la derecha, gozaba de muy poca salud y que le quedaba muy poco tiempo de vida; que el de la izquierda, era un rector cuya posición pecuniaria era poco satisfactoria. En cambio, un poco más lejos, vivía un coronel muy rico, y yo me pregunté qué había ido á hacer á aquella galera. Por último, contóme la vieja que mi vecina de enfrente era la señora Mertón, que tenía dos hijos, y que se había ido á vivir á Surbury para disfrutar de las ventajas del establecimiento de enseñanza. Por más que no llevase la blanca toca de tul de reglamento, todo el mundo suponía que era viuda. Al parecer, se hallaba en una posición desahogada, y su criada no se quejaba de la tacañería de su ama.

—Es una mujer muy pacífica—me dijo,—y que no recibe ninguna visita, excepción hecha de uno ó dos amigos de su hijo. La hija estudia para profesora de piano, y es muy poco probable que sus padres hayan ocupado en la sociedad una posición muy elevada.

Permanecí bastante tiempo sin averiguar nada más, preguntándome qué podía hacer para saber cuáles eran los antecedentes de la señora Mertón. Me acordé entonces del ama de gobierno de Estmere Court, y me decidí á marchar al Desbyshire

con el objeto de hacer que la señora Payne me acompañase á Surbury. En el caso de que la señora Mertón hubiese estado, en otra época, al servicio de lady Estmere, la señora Payne la reconocería sin dificultad.

Al día siguiente puse en práctica mi proyecto. Estmere Court estaba tan desierto como en la época en que lo habíamos visitado con Valentín. Ni sir Laurencio ni su hijo primogénito se habían presentado allí, y me pregunté si este último personaje existiría en realidad, porque no podía creer que existiese un hijo que tuviese tan pocos deseos de conocer á su madre. Aquella indiferencia filial se me hizo repulsiva. Tampoco podía admitir que permitiesen que un castillo tan hermoso fuese convirtiéndose poco á poco en una ruina. Si la permanencia en él evocaba en sir Laurencio penosos recuerdos, no por eso su hijo no debía cuidar de la conservación de la posesión. Unicamente la muerte de ese misterioso personaje era lo que podía explicar aquel estado de cosas. Sir Laurencio, hombre frío y sin corazón, habíase creído, á la cuenta, dispensado de informar á su esposa de la muerte del hijo mayor. Era muy verosímil que Valentín, más adelante, heredase el título y las propiedades de la familia, y sin embargo, no ambicionaba nada de esto mientras que sir Laurencio dudase de la legitimidad de su nacimiento. Al verme, púsose muy alegre la señora Payne, y me pidió con afectuoso respeto noticias de lady Estmere y de su hijo Valentín.

—Figuraos, señor, que al señor Valentín no se le olvidó su oferta, y me mandó el corte del vestido; pero aún no me lo he hecho, porque me pareció que era demasiado bueno—me dijo.

—Guardadlo, señora Payne, para el día en que sir Laurencio y su esposa regresen á Estmere Court.

—Si es que hay que esperar hasta ese día, lo mejor que puedo hacer es dárselo á una sobrina mía que se va á casar muy pronto, el mes que viene. Lo que me dijisteis no lo hicisteis hablando con formalidad, ¿no es verdad?

—Sí, por cierto. Acabo de recorrer doscientos kilómetros con el objeto de pediros que vengáis conmigo á Surbury, en donde es muy necesaria vuestra presencia para poner en claro un hecho que tiene grande importancia y está relacionado con lady Estmere.

—Con tal de ser útil á milady, que tan buena fué conmigo, sería yo capaz de recorrer, no digo doscientos kilómetros, sino dos mil. Cuando me acuerdo de ella se me llenan los ojos de lágrimas.

—Está bien, señora Payne, cuento con vos mañana á primera hora. Esta noche me limitaré á deciros que creo que estoy sobre la pista de las maquinaciones infernales del capitán Chesham. Confío en que vuestro esposo no se opondrá á mi petición.

—¿Cuánto tiempo durará mi ausencia?

—Dos ó tres días.

—Desde el momento, señor, en que mi esposa puede ser útil para la realización de vuestros proyectos, la dejo en completa libertad para que se marche—dijo Jonnes con su bondad acostumbrada.

En las cercanías no había ninguna posada, y la señora Payne me indicó la conveniencia de que pasase la noche en el castillo. No me agradaba mucho la idea de pasar una noche bajo el techo de sir Laurencio Estmere; pero el mayordomo y su esposa estaban en buena posición, y esto les permitía albergar á un amigo y acallé mis escrúpulos, diciéndome que me daban hospedaje aquellas buenas gentes y no su amo. Pasé la tarde visitando el castillo y contemplando los retratos de los antepasados de Valentín; ¡qué contraste

más grande entre nosotros dos, porque yo no tenía ni memoria de ascendientes! Como no sabía nada de mi madre, acabé por convencerme de que era de humilde progenie; pero, ¿por qué mi padre no habló tampoco de la suya? Dejando aparte la cuestión de fortuna, sus modales y educación probaban que pertenecía á elevada familia. Ansiando poder decir á Claudina que yo también estaba bien emparentado, resolví pedir explicaciones á mi padre acerca de este asunto.

Cuando me cansé de admirar los cuadros de la galería, fuime á dar un paseo con el señor Payne, el que me dijo que la fortuna de su amo se elevaba á cuarenta mil guineas, y que debía haberse aumentado desde que vivía en el extranjero. Eran muchas las personas que habían manifestado deseos de alquilar el castillo de Estmere Court, y la posesión de Douvreshouse; pero el propietario se había opuesto tenazmente, según decían, porque no trataba más que con su apoderado. Al día siguiente, el señor Payne nos acompañó á su mujer y á mí hasta la estación inmediata. Los dos estaban tan tristes al separarse, como si se tratase de emprender un viaje á la Australia. A pesar de mis promesas de velar por el bienestar de la señora Payne, su marido la obligó á llevarse tantas provisiones como si fuese al Ecuador. Después de muchas recomendaciones y despedidas, púsose en marcha el tren, y llegamos á Surbury á la caída de la tarde, circunstancia de la que me felicité, porque me libró de las hablillas de los vecinos. Al día siguiente, hice que la señora Payne almorzase conmigo en mi mesa. No me dirigió ninguna pregunta, y colocando un sillón al lado de la ventana la pregunté:

—¿Tenéis buena vista?

—En mi familia nadie gasta gafas antes de los sesenta años.

—Y á vos, señora Payne, os faltan muchos para llegar á esa edad. He aquí el servicio que me vais á prestar. Mirad hacia la casa de enfrente, y cuando veáis salir á una señora ó asomarse á la ventana, haced lo posible por acordaros de si la visteis alguna vez.

—Antes sería necesario saber si la conozco.

—Esa es precisamente la cuestión. En todo caso hace más de veinte años que no la veis.

—¡Veinte años! Es mucho más tiempo del que se necesita para volver desconocida á una persona.

—Estoy viendo que hay excepciones de la reregla, señora Payne.

Sonrióse al oir esas palabras, porque á cualquier edad que sea la mujer, recibe siempre con agrado un cumplido. Instalóse la señora Payne al lado de la ventana con la mirada fija en la casa de enfrente. Cansada de esperar, púsose á mirar alrededor de la habitación, y la pregunté:

—¿Qué es lo que buscáis?

—No busco nada, señor; pero veo polvo en todas partes, y vuestra criada tiene todo el aspecto de una vieja descuidada.

—Hacedme el favor ahora de no ocuparos más que de la ventana de enfrente, y de no apartar los ojos de allí.

En el mismo instante abrió la ventana la señora Mertón y se puso á regar un geráneo.

—Sobre todo no os asoméis—dije yo, y con ansia pregunté:—¿conocéis á esa señora?

—Sí, la reconozco; pero no puedo decir dónde ni cuándo la he visto.

En esto la señora Mertón se volvió, quedando de manera que se la veía de perfil.

—¡Ah!—exclamó la señora Payne exhalando un suspiro.—Bien tenía yo razón al asegurar que veinte años no cambian por completo.

—¿Y quién es? No me digáis su nombre si no

creéis estar absolutamente segura de lo que necís, pues se trata de una cosa sobremanera grave.

—¡Qué estúpida fuí no reconociéndola antes!

—¡Por favor, decidme quién es!

—Pues María William, la que fué doncella de lady Estmere.

XXII

Desde el momento en que tenía la seguridad de que la señora Mertón y María William eran una misma persona, no necesitaba para nada los servicios de la señora Payne, y ésta podía marcharse, porque si la señora Mertón le veía, podía reconocer fácilmente en ella á su antigua compañera de servidumbre en casa de lady Estmere. Durante el resto del día conservé como prisionera á la señora Payne, que para pasar el tiempo, se entretuvo en hacer observaciones y dar consejos á mi criada. Esta, por su parte, se me presentó diciéndome que si aquella señora debía continuar en la casa, que ella se marchaba. Al día siguiente, á primera hora, y en la estación más inmediata á Surbury, tomó la señora Payne el tren que debía llevarla á Estmere Court, y habiéndola recomendado mucho al jefe del tren, me quedé mu tranquilo acerca de su suerte. A la sazón, lo que necesitaba era buscar un medio para arrancar una confesión á la señora Mertón. Me dije que tratándose de cierta mujer, el dinero debía ser todopoderoso. No quería, sin embargo, apelar á su codicia hasta después de haber excitado en ella

el terror á los remordimientos. Con objeto de tratar á la madre, trabé un día conversación con el hijo, y nada fué más fácil que hacerme su amigo, bien dándole consejos acerca del juego del croquet, ó bien poniendo á su disposición los libros de mi biblioteca. En cuanto estuve en relaciones con el hijo, me permití saludar á la madre. Una mañana me llamó la atención el aire melancólico de mi amiguito, y habiéndole preguntado qué tenía, respondióme:

—Mi madre acaba de dirigirme una reprimenda porque quería que repasase el griego y el latín durante las vacaciones, y me habló de buscar un profesor.

—Y tiene muchísima razón.

—¿Creéis que sea agradable estar encerrado en casa cuando hace buen tiempo?

—Vuestra madre tiene ambición por vos, y quisiera que figuraseis á la cabeza de la clase.

—La verdad es que nuestra situación es muy precaria. Mi madre dice que si no salgo bien y con lucimiento de los exámenes, que no tendrá más recurso que ponerme de mozo de cordel en una esquina.

—¿Y si yo me encargase de repasaros esas lecciones?

—¡Vos, señor Norris! Los honorarios que podríamos ofrecer son excesivamente modestos para un hombre como vos.

—En esto estáis equivocado por completo, y ahora mismo vamos á hablar á vuestra madre.

Hízome Carlos Mertón entrar en su casa, y después de acompañarme al salón, se fué en busca de su madre, que no se hizo esperar mucho; su acogida revelaba cierta cortedad.

—Supongo, señora—le dije,—que vuestro hijo os habrá enterado del objeto de mi visita.